





















nos ver por los humanos. Ninguno de los otros felinos parecía interesado en acercarse a esa persona, pero yo sentía un creciente deseo de que él me tocara. Cada vez me resultaba más difícil seguir aquellas leyes.

Cuando Mamá Gato dejó de darnos de mamar, tuvimos que acostumbrarnos a comer la comida que traía el hombre. Esta consistía en unos trozos de algo seco y sabroso; a veces, en pedazos de carne. Cuando me hube acostumbrado al cambio, eso resultó ser mejor para mí: hacía tanto tiempo que estaba constantemente hambriento que ya me parecía que esa era una condición natural en mí, pero ahora podía comer hasta llenarme y beber tanta agua como fuera capaz. Comía más que todos mis hermanos gatitos. Y era mucho más grande que cualquiera de ellos, a pesar de que ninguno se mostraba impresionado por mi tamaño: ellos continuaban negándose a jugar como se debiera; en general, se dedicaban a darme zarpazos en el hocico.

16

Cada vez que ese ser humano aparecía por el agujero, imitábamos a nuestra madre y nos escondíamos; pero si no aparecía, nos encantaba ir hasta el límite del agujero y disfrutar de los variados aromas que entraban de fuera. A veces, Mamá Gato se iba durante la noche. Yo me daba cuenta de que los gatitos querían ir con ella. A mí me atraía más la idea de salir de día, pero sabía que Mamá Gato me castigaría con solo intentarlo.

Un día, ese hombre (cuyo olor ya me resultaba tan familiar como el de Mamá Gato) apareció por el agujero haciendo ruidos extraños. Percibí que había otros seres humanos con él.

—Normalmente se esconden en el fondo. La madre se acerca un poco cuando traigo comida, pero no permite que la toque.

—¿Hay alguna otra forma de entrar, además de esta ventana?

Había sido una voz diferente; los olores que la acompaña-

ban también eran distintos. Eran los de una mujer. Sin darme cuenta, meneé la cola.

—No creo. ¿Cómo lo haremos?

—He traído estos guantes para protegernos; si te quedas aquí con la red, podrás atrapar a todo gato que intente escapar. ¿Cuántos hay?

—Ahora no lo sé. Hasta hace poco, era evidente que la hembra estaba amamantando; pero si hay gatitos, no salen durante el día. Un par más, no sé de qué sexo. Antes había muchísimos, pero supongo que el constructor los ha hecho desaparecer. Van a tirar todas estas casas para levantar un edificio de apartamentos.

—Nunca conseguirían un permiso de demolición si hay gatos sin dueño viviendo aquí.

—Probablemente por eso lo hicieron. ¿Crees que les habrán hecho daño a los que atraparon?

—Mmm, vale, bueno, no hay ninguna ley que impida atrapar y acabar con los gatos que viven en tu propiedad. Quiero decir, que podrían haberlos llevado a algún centro de acogida, supongo.

—Había un montón. Toda esta propiedad estaba repleta de gatos.

—La cuestión es que no he oído que haya aparecido un gran número de gatos en ninguna parte. La comunidad protectora de animales hace piña, hablan mucho entre ellos. Si unos veinte gatos hubieran aparecido de repente, me habría enterado. ¿Estás bien? Eh, lo siento, quizá no debería haber dicho nada.

—Estoy bien. Es solo que me gustaría saber qué va a pasar.

—Pero hiciste bien en llamarnos, Lucas. Encontraremos buenos hogares para todos los gatos que haya aquí. ¿Preparado?

Ya me había aburrido con todos esos ruidos monótonos, por lo que me había ido a jugar con los gatitos cuando me di

cuenta de que Mamá Gato se ponía tensa y que un escalofrío de alarma le recorría el cuerpo. Tenía la mirada clavada en el agujero y daba latigazos en el aire con la cola. Había aplastado las orejas contra la cabeza. La miré, curioso, sin hacer caso del gatito que se tiró contra mi hocico, me arañó y salió corriendo.

Entonces se encendió una luz brillante y comprendí su miedo. Mamá Gato corrió hacia la pared posterior, abandonando a los gatitos. La vi colarse sin hacer ruido por la grieta justo en el momento en que dos seres humanos entraban por el agujero. Los gatitos daban vueltas, confundidos; los gatos machos corrieron hacia la parte posterior del cubil, muertos de miedo.

La luz recorrió las paredes y se posó sobre mí.

—¡Eh! ¡Aquí hay un cachorro de perro!